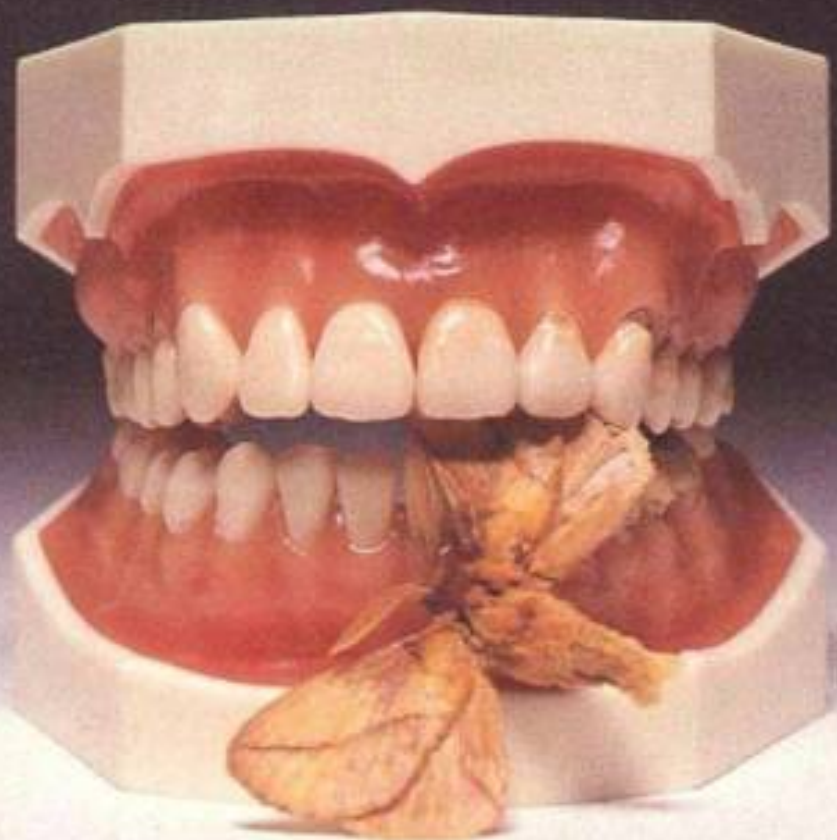


ARTHUR MACHEN
EL TERROR



Como afirmó en su día H. P. Lovecraft, la obra de ARTHUR MACHEN (1863-1947) abrió nuevos caminos a la historia de los relatos de miedo cósmico. Novela publicada en 1917, *El terror*, ambientada en una región apartada del oeste de Gales durante la Primera Guerra Mundial, logra una perfecta simbiosis de fantasía y realidad, leyenda y cotidianidad. Unos acontecimientos inexplicables y de una violencia salvaje, el poder contagioso de las fuerzas oscuras del mal y el alarmismo del clima bélico se funden en una oscura y enigmática trama, susceptible de las más diversas conjeturas e interpretaciones.

I. La llegada del terror

Han pasado dos años y volvemos nuevamente a las noticias de cada mañana con una sensación de interés y gustosa expectativa. Al comenzar la guerra sentimos vivas emociones. Primero fue la emoción del horror y de una tragedia que parecía a un tiempo increíble y cierta, cuando cayó Namur y las huestes alemanas, precipitándose como una inundación sobre los campos de Francia, llegaron muy cerca de los muros de París. Luego nos ganó la emoción del júbilo, al saber que la terrible marea había sido rechazada y que, al menos por el momento, París y el mundo estaban a salvo.

Durante muchos días esperamos otras noticias, tan buenas como éstas o mejores. ¿Hemos rodeado al ejército de von Kluck? No, todavía no, quizá mañana. Pero los días se volvieron semanas y las semanas meses; la batalla de Occidente parecía haberse congelado. Una y otra vez se hicieron cosas que despertaron nuevas esperanzas, con la promesa de noticias aún más gratas, pero, cuando se supo todo lo ocurrido, Neuve Chapelle y Loos no fueron sino decepciones. Lejos de alcanzar la victoria, las líneas del Oeste permanecieron inmóviles. Al parecer, no sucedía nada y nada teníamos que leer como no fuese el relato de operaciones a todas luces menudas o insignificantes. La gente especulaba sobre las razones de la inacción; los más optimistas afirmaban que Joffre tenía un plan y quería «desgastarlos»; otros, que nos faltaban municiones; otros aún, que los nue-

vos reclutas aún no estaban listos para el combate. Pasaron los meses, y casi había terminado el segundo año de la guerra cuando las líneas inglesas empezaron a agitarse otra vez, se movieron como quien despierta de un largo sueño y, lanzándose hacia adelante, abrumaron al enemigo.

El secreto de la larga inacción del ejército británico estuvo bien guardado. Cierto es que lo protegió celosamente la censura, que, siendo severa, a veces hasta el absurdo — como en esas noticias que dejaba reducidas a «Los capitanes... han partido»—, se volvió, en este caso, feroz. Tan pronto como las autoridades comprendieron la verdadera importancia de lo que sucedía, o empezaba a suceder, dirigieron una enérgica circular a los dueños de todos los periódicos de Gran Bretaña e Irlanda. Se advirtió a cada uno de ellos que sólo podría comunicar el contenido de la circular a una persona, el director responsable de la publicación, quien, a su vez, debía mantenerlo en secreto, bajo pena de incurrir en las más graves sanciones. En la circular se prohibía hacer mención de ciertos hechos que habían acontecido o podían acontecer; se prohibía asimismo toda alusión a estos hechos, toda insinuación de su existencia, o de la posibilidad de su existencia, ya fuera en la prensa o en cualquier otro medio de información. No debía hacerse la menor referencia al tema en la conversación, ni tampoco sugerirlo, por vagamente que fuese, en una carta; aparte de su contenido, la existencia misma de la circular era de carácter absolutamente confidencial.

Las medidas tuvieron éxito. El rico propietario de un periódico del Norte, sintiéndose de ánimo un poco expansivo al terminar la Fiesta de los Hilanderos (celebrada, recordará el lector, como de costumbre), se permitió decirle a su vecino de mesa: «Qué horrible sería, no es verdad, si...». Sus palabras se citaron, da pena repetirlo, como prueba de que ya era tiempo de que «el viejo Arnold entrase en razón», y se impuso al culpable una multa de mil libras. Cabe men-

cionar también el caso de un oscuro semanario publicado en la capital de un distrito agrícola de Gales. *El Observador de Metros* (lo llamaremos así) se imprimía en la trastienda de una papelería y llenaba sus cuatro páginas con reseñas de concursos de flores, reuniones benéficas en las vicarías y asambleas parroquiales, así como con crónicas de los raros accidentes mortales sobrevenidos a los bañistas. Ofrecía también a sus lectores una lista de los visitantes a la localidad, que en una ocasión llegó a comprender seis nombres.

Este ilustrado órgano de prensa publicó un párrafo en el que no repararon sus lectores, muy semejante a los que suelen aparecer en los pequeños periódicos de provincia, un párrafo que no podía dar a nadie el menor indicio, a menos que ya estuviera al corriente del secreto. La información apareció porque el dueño del periódico, que ejercía también las funciones de director, cometió la imprudencia de dejar las pruebas de un número en manos de la redacción, del único miembro de la redacción, quien, para llenar un blanco de dos pulgadas en la última página, añadió a última hora un rumor oído en el mercado. El resultado fue que *El Observador de Metros* dejó de publicarse debido a «circunstancias lamentables», según declaró su propietario, quien se negó a agregar una palabra más. Ni una palabra más de explicación, si bien dijo muchas para maldecir a «esos condenados entrometidos que meten la nariz en todas partes».

Ahora bien, una censura minuciosa y de implacable severidad puede lograr resultados sorprendentes y ocultar lo que quiera ocultar. No lo hubiéramos creído antes de la guerra, hubiéramos pensado entonces que, con censura o sin ella, siempre se llega a saber que se ha cometido un asesinato en X. o asaltado un banco en Y., si no por la prensa, al menos por el rumor que lleva las noticias de boca en boca. Así sería, sin duda, en la Inglaterra de hace trescientos años y ahora mismo en pueblos primitivos. Pero hemos

llegado a sentir tal reverencia por la palabra impresa, y a confiar tanto en ella, que la antigua facultad de difundir las noticias de viva voz ha terminado por atrofiarse. Prohíbese a la prensa publicar que Jones ha sido asesinado y será asombroso ver qué poca gente se entera de ello y, entre quienes se enteran, qué pocos creen en la historia que han escuchado. Una persona que conocemos en un tren nos cuenta algo que le han dicho acerca de un asesinato cometido en Southwark; la diferencia es enorme entre esta impresión y la que nos deja la lectura de media docena de líneas de imprenta en las que constan el nombre, la calle, la fecha y los demás detalles del caso. La gente suele repetir en los trenes toda clase de historias, muchas de ellas falsas; los periódicos no publican informaciones sobre crímenes que no se han cometido.

Hay otra razón por la que se mantuvo el secreto. Creo haber dicho que se ha perdido la vieja costumbre de esparcir rumores; no faltará quien me recuerde la extraña leyenda de los rusos y el mito de los ángeles de Mons. Pero, justamente, si estas dos historias absurdas se divulgaron, fue gracias a los periódicos. De no haber existido diarios y revistas, rusos y ángeles habrían sido una aparición breve e imprecisa, las más vagas sombras; pocas personas habrían oído el rumor, todavía menos lo hubieran creído y la fábula, tras circular durante una o dos semanas, habría acabado por desvanecerse.

Por lo demás, el hecho de que tanta gente creyera durante cierto tiempo en estas vanas historias y cuentos fantásticos, destruyó el crédito que podían merecer los escasos rumores que llegaron a difundirse. La gente se había sentido engañada dos veces, viendo a graves y prestigiosos personajes disertar sobre las relucientes apariciones que salvaron al ejército británico en Mons o sobre los trenes repletos de moscovitas, envueltos en capotes grises, que atravesaron el país entre gallos y medianoche: ahora se sugería algo todavía más sorprendente que estas leyendas

desacreditadas. En cambio, esta vez no se encontraba una sola palabra de confirmación en el diario, el semanario o la revista del lugar, de modo que los pocos que oyeron los rumores se rieron de ellos o, si eran personas serias, volvieron a casa para redactar unas notas con el título: «Psicología de tiempo de guerra: ilusiones colectivas».

Yo no hice ninguna de las dos cosas. Antes de que se distribuyera la circular secreta, despertaron mi curiosidad unos párrafos leídos en el periódico que llevaban por título «Accidente mortal de un conocido aviador». La hélice del avión había quedado destrozada, al parecer en un choque con una bandada de palomas; las paletas se partieron y el avión cayó a tierra como un pedazo de plomo. A poco de leer esta noticia, me enteré de las extrañas circunstancias de una explosión ocurrida en una fábrica de municiones de las Midlands. Creí advertir la posibilidad de una relación entre dos hechos tan distintos.

Los amigos que han tenido la amabilidad de leer esta crónica me señalan que algunas frases pueden dar la impresión de que atribuyo todas las demoras de la guerra en el frente occidental a las extraordinarias circunstancias que determinaron la expedición de la Circular Secreta. No es así, por supuesto. La inmovilidad de nuestras líneas entre octubre de 1914 y julio de 1916 se debió a muchas razones. Las causas son manifiestas y se han discutido y lamentado abiertamente. Detrás de ellas había, sin embargo, algo infinitamente más grave. Nos faltaban hombres, pero los hombres se presentaban en gran número al nuevo ejército; nos faltaban municiones, pero cuando se anunció la escasez, la nación dedicó todas sus energías a superarla. Podíamos tratar de corregir los defectos de nuestro ejército, tanto en hombres como en municiones, si era posible conjurar el nuevo e increíble peligro. El peligro ha sido con-

jurado, o más bien ha dejado de existir. Ahora puede revelarse el secreto.

He dicho que me llamó la atención la reseña de la muerte de un conocido aviador. Siento añadir que no acostumbro a guardar los recortes de periódico, de modo que no puedo ser muy preciso en cuanto a la fecha. Si no recuerdo mal, el hecho debió ocurrir a fines de mayo o a comienzos de junio de 1915. El despacho en que se anunciaba la muerte del Teniente de la Fuerza Aérea Wester Reynolds era muy breve; por desgracia, los accidentes, aun los accidentes mortales, de quienes están apoderándose de los aires para nosotros, no son tan raros como para que se justifique una información más amplia. La manera como perdió la vida Wester Reynolds me pareció notable, sobre todo porque revelaba un nuevo peligro en el elemento que acabamos de conquistar. Como ya he dicho, el aparato cayó tras estrellarse con una bandada de pájaros; se encontraron restos de palomas en las paletas rotas y ensangrentadas de la hélice. Un testigo del accidente, otro oficial de la Fuerza Aérea, contó cómo Wester Reynolds había despegado una tarde de buen tiempo, casi sin viento. Se dirigía a Francia; había hecho el viaje de ida y vuelta media docena de veces o más y se sentía perfectamente seguro y tranquilo.

«Wester se elevó de inmediato a gran altura y apenas si divisábamos el avión. Estaba a punto de irme cuando uno de los muchachos exclamó: "¡Hombre! ¿Qué es eso?". Señalaba hacia arriba y vimos algo que parecía una nube negra acercándose desde el sur a gran velocidad. Me di cuenta en el acto que no era una nube; no he visto nunca una nube con ese movimiento de remolino ni con esa rapidez. Durante un segundo no comprendí lo que podía ser. Cambió de forma, se transformó en un gran creciente, giraba de aquí para allá como si buscara algo. El muchacho que había dado la alarma tenía unos prismáticos y pudo ver lo que pasaba. Gritó que era una enorme bandada de pájaros, "miles y miles". Siguieron volando muy alto, subiendo y ba-

jando, y nosotros seguimos mirándolos, pensando que era algo curioso, pero sin imaginarnos que tuvieran nada que ver con Wester, que casi se había perdido de vista. El avión no era sino un punto a lo lejos. Luego los dos brazos del creciente se juntaron con la rapidez de un relámpago y los miles de pájaros se lanzaron a través del cielo, hacia el noroeste. Henley, el de los prismáticos, gritó: "Ha caído", y echó a correr. Fui tras él y saltamos a un coche. Mientras íbamos hasta allá me dijo que había visto que el aparato se venía a tierra en el momento de salir de la nube de pájaros. Creía que, de alguna manera, el choque había estropeado la hélice. Así era, en efecto. Encontramos las paletas rotas, cubiertas de sangre y de plumas, con restos de palomas incrustados entre los hierros».

Ésta es la historia que contó una noche el joven aviador ante unas cuantas personas. No habló confidencialmente, de modo que puedo repetir sin reparo lo que dijo. Naturalmente, no tomé notas de la conversación, pero tengo el don de recordar las palabras que me interesan y estoy seguro de que mi versión se acerca mucho a la historia que escuché. Quiero dejar en claro que el aviador contó su historia sin pretender, sin tan siquiera sugerir, que hubiese pasado algo increíble. Hasta donde él tenía noticia, agregó, era la primera vez que ocurría un accidente de esta clase. En Francia se hablaba de uno o dos casos de pájaros que habían molestado a aviadores —creía recordar que se trataba de águilas— y hasta habían volado malignamente contra ellos, pero el pobre Wester había sido el primero en tropezarse con una bandada de palomas.

«Y tal vez yo sea el próximo», dijo, para terminar. «Pero ¿para qué buscarse complicaciones? Tengo entradas para ir mañana al teatro, a ver *Toodle-oo*».

Escuché la historia con la misma curiosidad con que hemos oído hablar de las muchas maravillas y terrores del aire; la misma con que descubrimos, hará unos años, las

«bolsas de aire», esos extraños golfos o vacíos de la atmósfera en que caen de pronto los aviones con tan grave peligro, o con que nos enteramos de la experiencia del aviador que, durante el verano tan caluroso de 1911, mientras sobrevolaba las montañas de Cumberland flotando a gran altura sobre los picos, se vio impulsado hacia arriba con tremenda violencia, pues el aire caliente que despedían las rocas golpeó al aparato como el gas que arrojan las chimeneas de los altos hornos. Hemos empezado a navegar una región desconocida; no nos sorprenda encontrar misteriosos riesgos y aventuras. Con la muerte de Wester Reynolds se abría otro capítulo en la crónica de estos riesgos y aventuras; sin duda se hallaría, gracias al talento y al ingenio, la manera de precaver el nuevo peligro.

Creo que fue una semana o diez días después de la muerte del aviador cuando tuve que ir, por razones profesionales, a una ciudad del norte, cuyo nombre más vale dejar en silencio. Tenía por misión investigar ciertas acusaciones de prodigalidad dirigidas contra los trabajadores, los obreros de una fábrica de municiones. Se decía que los hombres, acostumbrados a cobrar dos libras y diez chelines por semana, recibían ahora de siete a ocho libras, que se pagaba a chicas muy jóvenes dos libras en vez de siete u ocho chelines, y que todo esto tenía por resultado una orgía de absurda extravagancia. Me aseguraron que las muchachas comían bombones de cuatro, cinco y seis chelines la libra, las mujeres compraban pianos de treinta libras que no sabían tocar y los hombres lucían cadenas de oro de diez y veinte guineas.

Llegué a la ciudad y, como suele pasar, comprobé que las historias que había oído eran una mezcla de verdad y exageración. Por ejemplo, en rigor no puede decirse que los gramófonos sean necesarios, pero sin duda se vendían bien, aun tratándose de las marcas más caras. También vi por la calle muchos coches para niños recién comprados,

cochecitos muy elegantes, pintados de colores suaves y con los aditamentos más lujosos.

«¿Y por qué le sorprende a usted que la gente se de gusto en algo?», me dijo uno de los obreros. «Vemos dinero por primera vez y nos gusta la cara que tiene. Trabajamos mucho para ganarlo, nos jugamos la vida. ¿No se ha enterado usted de la explosión?».

Me habló de una fábrica de las afueras. Naturalmente, ni el nombre de la fábrica ni el de la ciudad han aparecido en letras de molde; sólo se publicó una breve información con el título: «Explosión en una fábrica de municiones del Norte: Muchas víctimas». El obrero me contó la historia y agregó unos cuantos detalles atroces.

No dejaron que los parientes vieran los cadáveres. Los metieron en ataúdes, tal como los encontraron en el taller. El gas los había dejado...

«¿Cómo? ¿Con las caras negras?».

«No. Como si se las hubieran destrozado a mordiscos».

Era un gas muy raro.

Hice a mi interlocutor toda clase de preguntas sobre la extraordinaria explosión, pero tenía muy poco más que decirme. Como ya he dicho, los secretos que no se pueden publicar están bien guardados; el verano pasado había muy poca gente, fuera de los altos círculos oficiales, que supiera nada de los tanques de que tanto hablamos todos hace poco, aunque esos extraños instrumentos de guerra se estaban probando en un parque cercano a Londres. Probablemente el hombre que me habló de la explosión decía la verdad cuando afirmaba no saber nada más del desastre. Trabajaba como fundidor en un horno, en el extremo de la ciudad opuesto al lugar donde ocurrió la tragedia, e ignoraba lo que se producía en la fábrica destruida; suponía que debía ser algún peligroso explosivo de gran potencia. Lo que me contó no era sino un rumor macabro, sin duda llegado a él de cuarta o quinta mano. El detalle horrible de

las caras «como destrozadas a mordiscos» le había impresionado profundamente, eso era todo.

No insistí más y tomé un tranvía hasta el lugar del desastre, una especie de suburbio industrial a cinco millas del centro. Cuando pregunté por la fábrica me respondieron que no valía la pena ir, pues no había nadie en ella. La encontré, sin embargo: un cobertizo feo y descuidado, con un patio rodeado de muros y la reja de entrada cerrada. Busqué señales de destrucción, pero no encontré ninguna. El techo estaba intacto y volví a tener la impresión que se trataba de un extraño accidente. La explosión había sido lo bastante violenta como para matar a los trabajadores que se hallaban en el edificio, pero en el edificio mismo no se veían heridas ni cicatrices.

Salió un hombre que cerró la puerta con llave detrás suyo. Empecé a preguntarle algo, o más bien a prepararlo para una pregunta, diciéndole: «Me cuentan que aquí pasó algo tremendo», o una frase por el estilo. No pude seguir adelante. El hombre me preguntó si veía al policía que estaba en la esquina. Le contesté que sí y me dio a escoger entre retirarme y ser detenido en el acto, por espía. Lo último que me dijo fue: «Más vale que se vaya usted, cuanto antes mejor», y decidí seguir el consejo.

Me había estrellado contra una verdadera pared de ladrillo. Tras darle muchas vueltas al problema, lo único que se me ocurrió fue que el fundidor, o quien le contara la historia, jugaba con las palabras. Las caras de los muertos, me había dicho, estaban «como destrozadas a mordiscos». Esto podía ser una deformación inconsciente de que estaban «comidas», expresión que, en efecto, describe la acción de un ácido muy fuerte sobre la piel; tal vez, qué podía saber yo, estos ácidos se utilizan en la fabricación de municiones y, en una fase peligrosa de la mezcla, podían estallar con terribles consecuencias.

Un par de días más tarde me vino a la memoria el accidente de Wester Reynolds, el aviador. Durante uno de esos

instantes que son demasiado breves para cualquier medida de tiempo, surgió en mí, como una iluminación, la idea de que existiera un vínculo entre ambos desastres. La idea era completamente absurda y traté de olvidarla; creo, sin embargo, que, por absurda que parezca, no me dejó nunca: fue la luz secreta que acabó por guiarme a través de un oscuro bosque de enigmas.

Fue por esta época, hasta donde es posible fijar la fecha, cuando una serie de sorprendentes y terribles calamidades, tanto más terribles puesto que durante cierto tiempo fueron misterios inescrutables, se abatió sobre todo un distrito y hasta podría decirse sobre todo un condado. Más aún, cabe suponer que los hechos han seguido siendo misterios para muchos de quienes los padecieron; antes de que los habitantes de la región tuviesen tiempo de atar cabos, se expidió la circular y, a partir de ese momento, nadie fue capaz de distinguir entre la realidad indiscutible y las suposiciones más vagas y disparatadas.

El distrito en cuestión se halla al extremo oeste de Gales; lo llamaré Meirion. Hay en él, en la costa, una ciudad de cierta fama, a la que acuden los visitantes durante cinco o seis semanas del verano, y, desperdigadas en el interior del condado, otras tres o cuatro pequeñas y viejas ciudades, grises y soñolientas por la mucha edad y el olvido, que parecen hundirse en un lento deterioro. Me recuerdan lo que he leído de los pueblos del oeste de Irlanda. La hierba crece entre las losas desaparejas del pavimento, en los letreos deshechos de las tiendas faltan la mitad de las letras, aquí y allá los habitantes han derribado una casa o la han dejado arruinarse poco a poco, mientras brotan los arbustos en torno a las piedras caídas y el silencio llena las calles. No se trata, adviértase bien, de ciudades que fueron una vez fastuosas. Los celtas no dominaron nunca el arte de construir y, hasta donde se me alcanza, Towy, Merthyr Tegveth y Meiros deben haber sido siempre lo que son ahora,

unas cuantas manzanas de casas pobres, desmedradas y tristes.

Esas pocas ciudades se hallan esparcidas en una región agreste, partida en dos por una sierra aún más desolada. Una de ellas se encuentra a dieciséis millas de la estación más próxima; las demás están unidas a duras penas por ferrocarriles de una sola vía, por donde avanzan, con muchas dudas y vacilaciones, los trenes que atraviesan lentamente los puertos de montaña cuando no se detienen media hora o más ante los cobertizos solitarios que pasan por estaciones en medio de los pantanos. Hace unos años viajaba yo con un amigo irlandés por esas curiosas líneas, y mirando a la derecha la hierba verde y azul y el agua estancada de las ciénagas, y a la izquierda la sierra escarpada como una enorme muralla de rocas grises, me dijo de pronto: «Trabajo me cuesta creer que no estoy en los páramos de Irlanda».

La región es inculta, dividida, fragmentaria, una tierra de montes extraños y valles secretos y escondidos. Conozco en el litoral unas granjas de ovejas que se hallan a dos horas de duro camino de la vivienda más cercana y que ni siquiera se divisan desde ninguna otra casa. Tierra adentro, otra vez, las granjas suelen estar rodeadas de espesos bosques de fresnos, plantados hace mucho tiempo para proteger las cumbreras de los vientos ásperos de la sierra y los vientos tormentosos del mar, de manera que también estos lugares están ocultos y sólo es posible adivinarlos por el humo de la chimenea que se eleva entre la arboleda. Quien llega de Londres tiene que verlo para creerlo, y aun viéndolo le cuesta convencerse de que existe un aislamiento tan completo.

Ésta es la región de Meirion, adonde, a comienzos del verano pasado, llegó el terror —un terror sin forma, que ningún hombre había conocido nunca.

Todo empezó con la historia de una niña que una tarde soleada se fue por los senderos a coger flores y no regresó

a su casa de la montaña.